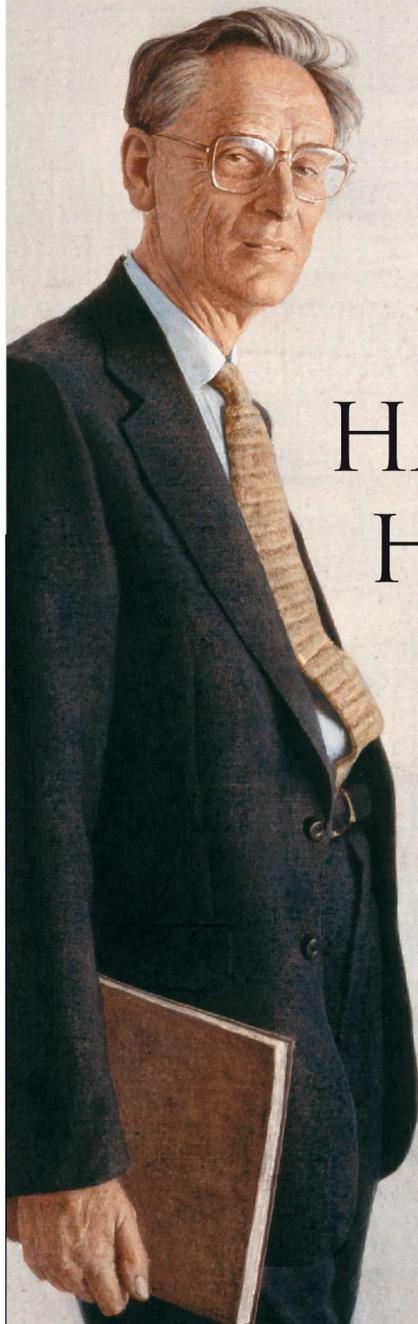


Haciendo historia

John H. Elliott

JOHN H. ELLIOTT



HACIENDO
HISTORIA

taurus


Taurus Historia

13 x 21,5 cm / Rústica

Páginas: 304 / Precio: 19,00€

Para ampliar esta información
puedes contactar con:

María Santamaría Martín

T 677 923 318

santamaria@santillana.es



John H. Elliott es catedrático emérito de Historia Moderna en la Universidad de Oxford. Ha sido distinguido con numerosos galardones, entre ellos el Premio Wolfson de Historia, el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales y el Premio Balzan de Historia. Entre sus numerosos trabajos cabe destacar *El mundo de los validos* (Taurus, 1999), *Un palacio para el Rey* (Taurus, 2003), con Jonathan Brown, *España y su mundo (1500-1700)* (1990, reeditado por Taurus en 2007) e *Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América (1492-1830)* (Taurus, 2006), por el que ganó el Premio Francis Parkman de la Asociación de Historiadores Americanos al mejor libro del año dedicado a la historia de América.

La crítica ha dicho

«Elliott es infatigable en su investigación, global en su visión, magistral en la organización del material e infalible identificando las evidencias más reveladoras o representativas. En resumen, su labor académica es lo más cercano a la perfección que se puede encontrar.»

FELIPE FERNÁNDEZ-ARMESTO

«No resulta frecuente que la erudición, la claridad y el entusiasmo se aúnen sin estridencias. Tal es el caso de John Elliott.»

El Cultural

Sobre *Imperios del mundo atlántico*:

«En un recuento magistral, el Catedrático de Oxford explora los desarrollos simultáneos de las colonias de España e Inglaterra en el llamado Nuevo Mundo (...) La síntesis de Elliott representa uno de los más valiosos frutos en el estudio del mundo atlántico.»

Publisher's Weekly

Sobre *España, Europa y el mundo de ultramar*:

«Estos ensayos demuestran que una meticulosa erudición, una prosa elegante y una disciplinada imaginación histórica siempre pueden, independientemente de los orígenes nacionales de un autor, iluminar y provocar, que son exactamente los objetivos que se cumplen aquí.»

Journal of Modern History

John Elliott, influyente e imprescindible hispanista, culmina su carrera con una sólida unión de biografía e historia

Sinopsis

Desde la privilegiada perspectiva de sus casi sesenta años dedicado a investigar y escribir sobre historia, John H. Elliott, el más prestigioso hispanista contemporáneo, se detiene a reflexionar sobre los avances que ha experimentado el estudio de esta disciplina. Basándose en su propia experiencia como historiador de España, Europa y las Américas, el autor británico ofrece un brillante y agudo análisis del trabajo de los historiadores y de cómo ha evolucionado desde la década de los cincuenta.

Elliott parte de las raíces de su interés en España y en el pasado, y de los retos que supone escribir sobre la historia de un país que no es el propio, para ir adentrándose en temas como la historia del declive de las naciones y los imperios, la historia política, la biografía o la historia cultural y del arte. Analiza también los cambios que se han producido en la forma de abordar la historia en el último medio siglo, incluyendo el impacto de la tecnología digital, y defiende la crucial importancia de tener una visión de conjunto del pasado. Los amantes de la historia encontrarán en este fascinante libro una nueva apreciación del trabajo necesario para dar forma a las obras de historia y de cómo estas a su vez dan forma al mundo del pensamiento y de la acción.

Introducción: una misma curiosidad, tantos caminos

«La historia se ha convertido en un edificio con muchas moradas y cada una de ellas ha sido sometida alguna vez a ampliaciones y renovaciones, así como a amenazas de los equipos de demolición» apunta John H. Elliott. Desde la legitimidad que otorga una impresionante trayectoria profesional, el historiador británico analiza diferentes estilos y métodos de análisis que ha abrazado la historiografía a lo largo del siglo XX y se interroga por los caminos a tomar durante el XXI. Mucho ha llovido desde que Elliott diera sus primeros pasos investigadores en la década de los cincuenta, interesándose, al contrario que el grueso de sus colegas y compatriotas, por el pasado de un país que no era el suyo: España. Este desafío, que lo conduciría a lanzar también sus redes sobre Europa y las Américas, lo asentaría con el transcurso de las décadas como el más prestigioso hispanista contemporáneo.

Si la voluntad perenne de los historiadores radica en explicar e interpretar los tiempos pretéritos, las herramientas a su alcance se han ampliado enormemente con el aumento de la información fácilmente

accesible generado por la digitalización de libros y archivos. Sumándole los cambios traídos por sucesivos descubrimientos, nuevas sensibilidades y modas, aquéllos han visto cómo su disciplina adquiriría una riqueza y un horizonte de posibilidades que invita al debate y a la reflexión.

Como señala el propio escritor: «La historiografía se inspira en la curiosidad y, mientras esta siga existiendo, también lo harán las posibilidades». De cara a preguntarse por la evolución, los aciertos, los errores y los márgenes de mejora de su área de especialización, el catedrático oxoniense nos adentra en la historia del declive de las naciones y los imperios, la historia política, la biografía o la historia cultural y artística. Para ello, además de reconstruir algunos de los episodios más significativos de su dilatada y exitosa carrera, con frecuencia toma como guía sus ingentes conocimientos sobre el apasionante Siglo de Oro español —donde el refulgir de las artes se solapaba irónicamente con una palpable decadencia político-económica— y muy particularmente a la tan controvertida como misteriosa figura del Conde Duque de Olivares.

Una lección de Historia y sobre cómo acercarse a la Historia.

¿Por qué España?

John H. Elliott rememora las razones que le llevaron a hacer de España foco de sus intereses como historiador, los estereotipos a combatir que se cernían sobre la misma y sus primeras impresiones al visitar el país.

Un viaje a Santiago de Compostela tras su graduación en el Trinity College le reafirmó en su idea de estudiar la historia de España y la civilización hispánica. El apoyo de un puñado de profesores y la conciencia de que eran muy pocos los historiadores de nuestro país en las islas, y menos aún con un interés especializado en el siglo XVII, lo ayudaron a decidir. El retrato que Diego de Velázquez pintó del Conde Duque de Olivares y que cuelga del Museo del Prado lo empujaron a querer saber más sobre el hombre y la época. Asimismo, se sintió atraído por el hecho de que la pérdida del imperio y el presentimiento del declive nacional trenzaban similitudes entre la situación de España en 1620 y la Gran Bretaña de 1950. Tras tres meses en España, el descubrimiento de que la biblioteca del Conde Duque había perecido en dos incendios lo forzó a un cambio de orientación. En vez de comenzar por el gobierno central de Madrid, optaría por uno de los territorios que se habían rebelado contra las direcciones centralizadoras de Felipe IV: Cataluña. De aquí que hiciera las maletas hacia Barcelona, se pusiera a estudiar catalán y se sumergiera en los Archivos de la Corona de Aragón. Una vez ahí se encontró con dos grupos de historiadores: los de la órbita nacionalista, que consideraban que Olivares provocó deliberadamente la rebelión catalana de cara a contar con un pretexto para someter al Principado, y los que, agrupados en torno a Jaume Vicens Vives, apostaban por una reevaluación. El desafío que se le planteaba a Elliott era muy acusado: conservar su independencia intelectual y su equilibrio entre las aspiraciones revisionistas de Vives y

su «natural compasión por un pueblo oprimido» al escuchar las reclamaciones nacionalistas.

«La interpretación de España para lectores extranjeros, pues, implica cuestionar y afrontar un conjunto de estereotipos profundamente arraigados. El reto permanente es hacer comprensible España a un público internacional cuyo conocimiento del país puede estar limitado a unas pocas imágenes distorsionadas o bien que se pregunta por qué hay necesidad de preocuparse por España en absoluto. «¿Por qué España?» es una pregunta que tenía que responderme a mí mismo incluso al intentar responderla a otros. Mi propia respuesta, según se ha desarrollado a lo largo de los años, es que se trata de un país infinitamente fascinante, cuya historia, compuesta por sorprendentes éxitos e igualmente asombrosos fracasos, abarca temas de relevancia universal. He aquí un país y un pueblo cuyo pasado vio la construcción y posterior desconstrucción de complejas relaciones religiosas y étnicas al estar en la encrucijada de los mundos del cristianismo, el judaísmo y el islam, un país que tomó la delantera entre las potencias europeas en conquistar y gobernar un inmenso imperio de ultramar y que ha intentado con insistencia, sin llegar a conseguirlo nunca del todo, reconciliar las exigencias contrapuestas de la unidad y la diversidad en su propio territorio, y un país cuyos logros religiosos, culturales y artísticos a lo largo de los siglos han realizado una contribución riquísima, aunque a menudo controvertida, a la civilización humana.»

Historia nacional y transnacional

El autor repasa los diferentes modelos historiográficos que han anclado al estado con las diversas regiones o comunidades que lo conforman, los cuales han derivado en un mayor o menor grado de tensiones políticas, religiosas y sociales. La articulación de Cataluña en España (tema de rabiosa actualidad) ocupa buena parte del capítulo. Elliott nos dice que la Cataluña medieval, junto con Aragón y Valencia, creó un conjunto impresionante de instituciones representativas diseñadas para garantizar que la relación entre el príncipe y su pueblo se sostuviera en un contrato recíproco. Cuando a raíz del matrimonio de Fernando e Isabel en 1469 Cataluña pasó a ser una más de las varias partes de una «España» unida vio inevitablemente disminuida su influencia e importancia en el mundo. Es posible pues imaginar una serie de circunstancias históricas como consecuencia de las cuales Cataluña podría haberse convertido en uno de los estados-nación centralizados de la Europa moderna al igual que Portugal, su equivalente a la franja occidental de la península Ibérica. Con todo, alerta que «para bien o para mal, durante los siglos de unión con un vecino más poderoso, Cataluña, Valencia y las provincias vascas, así como Escocia, Gales e Irlanda, han formado parte de un estado, de carácter más o menos compuesto, cuya historia han compartido. No se puede hacer tabla rasa eliminando este quizás incómodo hecho histórico de la documentación y reescribir la historia de las regiones y comunidades individuales como si nunca hubiera ocurrido».

«Como me di cuenta mientras escribía *La España imperial*, el sentido de excepcionalismo es capaz de crear un estado anímico colectivo que se puede describir como el "síndrome de la nación elegida". Las naciones que sucumben a este síndrome se consideran a sí mismas encomendadas por Dios con una misión providencial que únicamente ellas pueden cumplir. Al verse a sí misma como designada por Dios para defender, conservar y extender la causa de la Iglesia católica romana, la España del siglo XVI constituye un ejemplo llamativo de una nación presa de este síndrome, pero está lejos de ser un caso único. La Gran Bretaña del siglo XIX no albergaba dudas sobre su posición privilegiada a los ojos de Dios, mientras que los Estados Unidos han formado una imagen de sí mismos como ejemplificación del «destino manifiesto».

Si bien la sensación de ser una nación elegida puede ser una fuente de agresiva autoconfianza, como lo fue para los castellanos del siglo XVI, el ánimo nacional se puede agriar con facilidad si las cosas empiezan a ir mal y la misión se tambalea o parece estar fracasando. Este cambio de ánimo fue un tema que llegó a ocupar mi atención al examinar la carrera del conde-duque de Olivares y la percepción de decadencia en la España del siglo XVII. Una comunidad nacional, antes segura de sí misma, se encierra en un arrebato de introspección, mientras siente a la vez que el mundo entero está contra ella».

Historia política y biográfica

En este capítulo se defiende la relevancia del ángulo biográfico en la historiografía, entendiendo aquél como la incidencia del conjunto de los factores humanos en los acontecimientos del pasado. Estos, es decir, la amplia gama de influencias del individuo, sean orígenes familiares y entorno social, crianza y educación, personalidad y temperamento, y todas las experiencias de la vida diaria, son igual o más determinantes que los sucesos por sí mismos y están sometidos, por lo tanto, a idéntica necesidad de revisionismo. John H. Elliott también advierte del peligro de que la parcialidad arruine una aproximación biográfica ya que deviene esencial penetrar en los modos de pensar de las grandes figuras políticas, lo que significa «vivir» en su compañía y poder llegar a empatizar, caer en la «simpatía incauta».

«Nunca tuve dudas de que en cualquier estudio del pasado debería encontrarse espacio para el agente humano, la personalidad y lo que es fama que Harold Macmillan llamó "events, dear boy, events" ("los acontecimientos, muchacho, los acontecimientos"). La contingencia (una muerte inesperada, la llegada o no de una carta importante) nunca se debe dejar de tener en cuenta en la reconstrucción y explicación del pasado. Por otra parte, el estudio histórico exige algo más que la simple crónica de sucesos, "la agitación de la superficie" como con desdén decía Braudel. El reto al que se enfrenta cualquier historiador ambicioso es aprehender las características de una época de modo que las acciones y comportamientos humanos resulten comprensibles, combinando el análisis y la descripción sin perturbar la fluidez narrativa. Al final, como saben todos los buenos historiadores, siempre quedará un poso de decepción. Ninguna narrativa llega a ser enteramente exhaustiva, ninguna explicación total, y el equilibrio entre la descripción y el análisis es exasperantemente

difícil de conseguir. Lo mejor que se puede esperar es una aproximación tan cercana a una reconstrucción convincente de periodos, personas y acontecimientos pasados como permitan los testimonios conservados, una reconstrucción, además, que esté presentada de manera tan eficaz como para atraer y mantener el interés del lector».

Percepción de decadencia o llamamiento a la reforma

Elliott se interroga por la distancia existente entre la decadencia asumida de un país a ojos de sus ciudadanos y del mundo —especialmente en el caso de la España del siglo XVII— y los motivos reales que justifican tal convicción. El escritor lamenta que la tentación de dramatizar el curso histórico de un país, asociándolo con frecuencia al desgaste del cuerpo humano, es demasiado atractiva como para no haber generado explicaciones simplistas y catastrofistas. De este modo, las justificaciones para «el declive español», ofrecidas desde mediados del siglo XVII, incurrieron con alevosía en subrayar el fanatismo, la superstición y la pereza que el carácter español exudaba a ojos de una horrorizada Ilustración. La imagen del país como atrasado y decadente se inculcó con fuerza en la conciencia colectiva europea, donde ha perdurado prácticamente hasta hoy. No hay que olvidar tampoco, insiste, que en una situación de decadencia suelen florecer múltiples oportunidades de llamada a la regeneración y la reforma.

« En la nueva era del psicoanálisis, las explicaciones del «problema de España» se centraban en particular en lo que se suponía que era una psique nacional inmutable.

Joaquín Costa había declarado: “Yo me inclino a pensar que la causa de nuestra inferioridad y de nuestra decadencia es étnica”. De algún modo parecía como si un carácter nacional configurado por el origen étnico y las circunstancias históricas en el pasado más o menos remoto hubiera hecho a los españoles psicológicamente incapaces de adaptarse al mundo moderno».

«La noción de atraso era susceptible de ampliación casi infinita. Podía llegar a abarcar la cultura y las artes, en la medida en que cada monarca intentaba eclipsar a sus rivales convirtiendo su corte en la más brillante de Europa, y adquirió cada vez mayor importancia en el campo de la ciencia y la tecnología. Ya en las décadas de 1620 y 1630 Olivares se preocupaba por el atraso tecnológico o, como él decía, la “barbarie” de España con relación a las técnicas de ingeniería que se habían desarrollado para mejorar la navegación interna en otras partes de Europa. El énfasis dieciochesco en el progreso de la ciencia, la razón y la civilización sirvió solo para exacerbar las ansiedades de esas sociedades que creían haber quedado rezagadas o correr tal peligro. Otros criterios, como la posesión de un imperio de ultramar, entraron en juego posteriormente, aunque habría que esperar hasta el siglo XX para que el éxito en los deportes llegara a considerarse un indicativo del estado general de la salud de una nación. ¿Es pues la “decadencia” un estado de ánimo, creado por percepciones del pasado y del presente de la propia sociedad y por la fuerza que se ve en rivales reales o en potencia? Aunque la percepción depende del ángulo de

visión, siempre es probable que haya discrepancias entre las perspectivas personales y las realidades objetivas».

Historia del arte e historia cultural

El catedrático de Oxford resalta el enriquecimiento que se deriva de multiplicar el intercambio de datos y métodos entre historiadores de todas las áreas, al tiempo que no se olvida de prevenir contra los peligros resultantes de la sobreinterpretación. Para Elliott, una era de cada vez mayor especialización plantea el reto de que el historiador debe dominar las muchas y variadas manifestaciones del talento creativo en las sociedades que estudian. El esfuerzo y el tiempo a invertir para familiarizarse con el arte, la literatura y la música, por ejemplo, disciplinas cada una de ellas dotadas de sus propios métodos, tradiciones y vocabularios, es ingente, pero el enriquecimiento cultural obtenido contribuye decisivamente a ampliar horizontes y derribar las barreras artificiales que se han levantado entre los diferentes campos. Elliott ilustra esta idea detallando su propia experiencia multidisciplinar al abordar la historia del Palacio del Buen Retiro, erigido para recreo de Felipe IV en las afueras de Madrid en la década de 1630.

«La centuria de “decadencia” de España también fue el Siglo de Oro de sus artes. Desde cualquier punto de vista el siglo XVII español fue una era de creatividad cultural extraordinaria y los logros artísticos y la talla de su pléyade de artistas y escritores plantean cuestiones de interés histórico general. ¿Qué relación, si hay alguna, existe entre la situación política y económica de un país y el vigor, o falta de él, de su vida cultural? ¿Hasta qué punto se limitan los artistas creativos a expresar los valores y preocupaciones de la sociedad en que viven y hasta qué punto los forjan en realidad? Y sobre todo, ¿pueden los historiadores tomar las obras de arte como una guía fiable del carácter de la época y la sociedad que les interesa, o bien son las artes esencialmente autónomas y se mueven en respuesta a sus propios ritmos internos?».

«¿Cuáles son las contribuciones relativas de la tradición oral y escrita a la formación de mundos mentales y culturales de las sociedades modernas, o, si se quiere, de las sociedades contemporáneas? ¿Qué “lectura” debemos hacer del significado de las fiestas populares como el carnaval? Y, más allá de esto, ¿es realmente posible trazar una línea entre la cultura popular y de élite en la Europa moderna? Hasta ahora los testimonios indican que, si bien tal línea existía y parece haberse hecho más gruesa con el paso del tiempo, era también muy porosa, con mundos diferentes (culto y popular, cortesano y urbano, urbano y rural) que se solapaban e interactuaban entre sí, con mayor o menor grado de intensidad, según el tiempo y el lugar. Las procesiones y carnavales, el teatro callejero y los fuegos artificiales ponían en contacto a grupos sociales dispares. Las compañías de actores actuaban en teatros públicos pero también en la corte, con lo que creaban un mundo compartido de lengua, conducta y narrativa. Con todo, la cultura de la corte en particular hablaba un lenguaje propio, haciendo uso frecuente de alusiones alegóricas y representaciones visuales que habrían sido entendidas solo por los conocedores. Es fácil realizar lecturas excesivas de esos supuestos mensajes, muchos de los cuales no fueron

probablemente más que *jeux d'esprit* para el placer y entretenimiento de los príncipes, sus familias y su círculo de la corte, y que sin duda ofrecían un bienvenido respiro con que escapar al tedio de la vida cortesana. No todas las imágenes estaban concebidas para la "proyección", ni todos los símbolos tenían un significado solemne».

Historia comparada

En este capítulo se enfatiza la necesidad de cotejar variables temporales, climáticas, ecológicas, productivas, culturales y personalistas en todo estudio comparativo entre imperios que aspire a la rigurosidad. Desde los días de Plutarco, señala Elliott, los historiadores han trazado paralelismos y establecido comparaciones, si bien los historiadores de gran parte del siglo XX han mostrado poco entusiasmo por el método comparado. Como estudioso de temas de historia extranjera, el autor reconoce con imperiosidad la necesidad de pensar en términos comparativos. De aquí que suscriba al 100 % estas palabras de Marc Bloch: «Los estudios comparativos son los únicos capaces de disipar el espejismo de las falsas causas locales». Ahora bien, las dificultades derivadas del refinamiento de los criterios a cotejar y de la exigencia de desterrar ideas erróneas convierten desde el principio la tarea de trazar comparaciones justas en un colosal desafío.

«El desfase de un siglo cambia inevitablemente la naturaleza de una comparación que habría sido más sencilla si España e Inglaterra hubieran fundado sus colonias aproximadamente en el mismo momento. No obstante, se podría argumentar que el desfase temporal tuvo en última instancia menor trascendencia para el carácter del proceso colonizador que las diferencias medioambientales. La geografía y el clima imponen sus propios imperativos. Mientras que las islas del Caribe ofrecen un medio relativamente homogéneo para una comparación histórica detallada de un tipo que todavía no se ha intentado, la América continental a la que llegaron los europeos se caracterizaba por enormes variaciones climáticas y ecológicas. Establecerse en los altos Andes era algo muy distinto a asentarse en las regiones costeras de Norteamérica.

“Tampoco la diferencia era puramente climática ni ecológica. Los europeos irrumpieron en tierras que ya estaban habitadas, en mayor o menor medida, por una inmensa variedad de pueblos. La naturaleza de esos pueblos y la densidad de sus modelos de asentamiento forzosamente habían de ejercer una influencia decisiva sobre la conducta de los conquistadores y colonizadores europeos cuando trataron de imponer su propia presencia. También la tendrían las grandes variaciones en los recursos naturales y minerales que se encontraban en las Américas, unos codiciados por los europeos y otros no. ¿Qué parte tuvo la existencia de esos recursos a la hora de determinar las distintas trayectorias de sus respectivos imperios? Al lado de las variables creadas por las diferencias de tiempo y medio, se hallan las que se derivan de las historias, tradiciones, leyes, cultura y valores distintos de los países colonizadores, lo que David Hume llamaba su «carácter nacional». Hume señalaba las diferencias entre las colonias inglesas, francesas y holandesas, incluso en un medio ambiente tropical, como prueba de la mayor influencia ejercida sobre los colonos por la crianza que la naturaleza. Cualquiera que sea el peso que se asigne a la herencia

cultural, debe incluirse claramente como factor a tener en cuenta en la ecuación comparativa. La cultura, no obstante, no es un fenómeno estático y el carácter nacional no es inalterable. De nuevo los cambios causados por el tiempo deben tomarse en cuenta. Finalmente, cualquier comparación histórica debe tener presentes las variables humanas: el papel, por ejemplo, de individuos extraordinarios, como George Washington o Simón Bolívar, en la determinación del curso de los acontecimientos. En una comparación de sistemas imperiales gran parte depende de la voluntad y la eficacia de los agentes individuales del gobierno imperial a la hora de cumplir las órdenes de este, del mismo modo que también depende de las respuestas de los gobernados, que al mismo tiempo van a depender de la acción individual así como de actitudes colectivas.»

La visión en conjunto

Conclusiones generales a todo lo expuesto con anterioridad, donde se comienza por celebrar el hecho de que el desencanto cada vez mayor con las categorías tradicionales y la impaciencia con los límites convencionales ha facilitado extender el ámbito de la historia y avanzar en nuevas direcciones. Elliott reclama al historiador una visión desprejuiciada y lo anima a visitar en persona los lugares que estudia. También le pide una voluntad globalizadora, si bien resaltando la importancia de distinguir entre la historia global, que trata de situar la historia nacional o imperial en un contexto mundial, y la historia global considerada como historia del proceso, o avance, de la globalización.

En definitiva, le recuerda a sus colegas que ninguno de ellos es una isla y que harán bien en estar abiertos a la sorpresa y al uso de la imaginación al encarar esta «empresa colectiva» que supone esclarecer los hechos del pasado para entender también mejor los tiempos en que vivimos.

«Si el estudio del pasado tiene algún valor, este reside en su capacidad tanto de revelar las complejidades de la experiencia humana como de advertir contra la opción de descartar como si no tuvieran ninguna importancia los senderos que se siguieron solo en parte o no se tomaron nunca. En alguna curva del camino, pueden volver a aparecer de repente ante la vista. Admitir que el presente está lleno de sorpresas exige un reconocimiento similar de que el pasado lo fue igualmente a ojos de quienes lo vivieron. El reto al que se enfrenta el historiador es ver y experimentar ese pasado a través de sus ojos, en tanto que sabe, pero intenta ignorar, lo que sucedió después.

Consiste en hacer comprensibles los motivos de sus acciones a aquellos que no comparten sus valores, actitudes y puntos de vista y además viven en un entorno muy distinto. Es entrar en el pasado con imaginación manteniendo todavía un pie en el presente y estar alerta siempre a nuevas vías de abordarlo».

